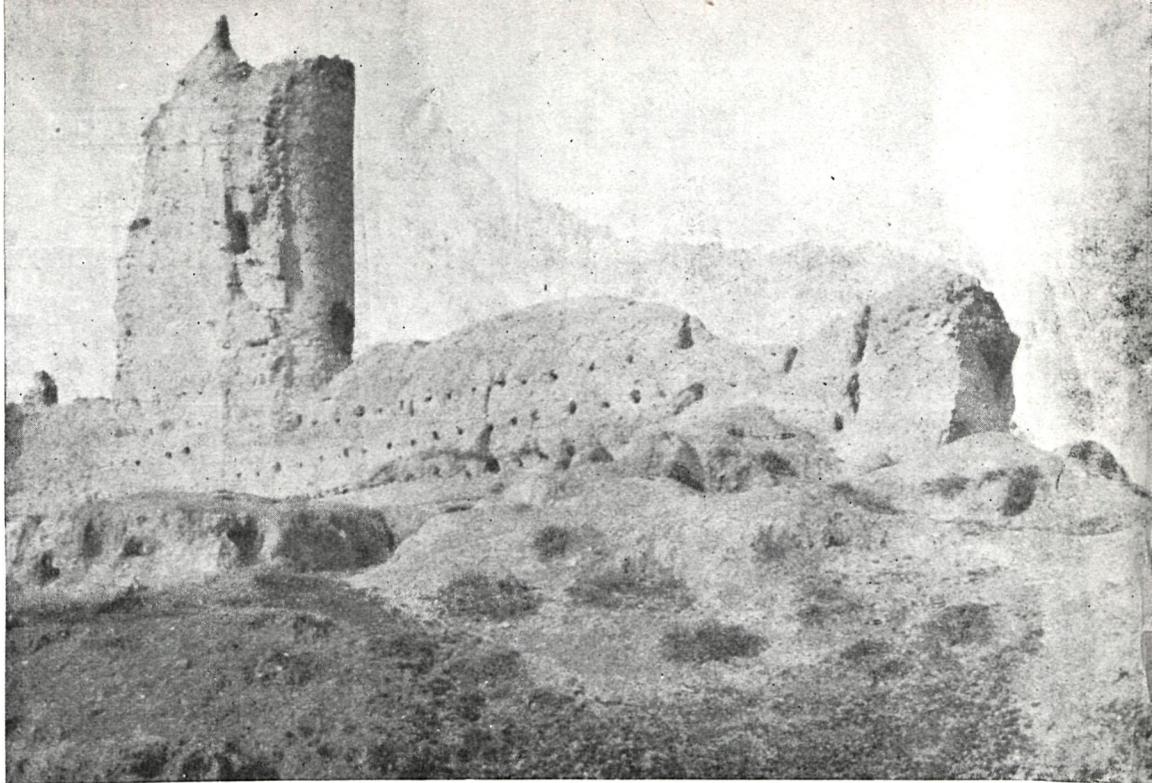


*Exactamente a 63 kilómetros de Madrid se sostienen las ruinas del castillo de Fuentidueña. Sobre un montículo que domina al Tajo queda todavía — en constante lucha contra el mucho peso de los años — un recuerdo de la fortaleza conquistada por Alfonso VIII, en la que el monarca dictó su testamento y, por último, cedió en el año 1171 a la Orden Militar de Santiago.*



«... fueron dadas yerbas...»). Es difícil suponer la existencia de un veneno produciendo efectos a un año vista, pero es fácil admitir una pleuresía típica madrileña, de desenlace retardado. El Doctor Cabanés, investigador de «muertes misteriosas de la Historia», quizás nos lo hubiera esclarecido. Algo se deduce ya de lo que escribió el bachiller Cibdareal en su «Centón» (4): «es falsedad... las hierbas del Adelantado...; que a él se las diese algún malqueriente suyo en la otra gran malatía suya que pasó (la de Fuentidueña), yo non lo apruebo ni le absuelvo, mas en el mal de que finó fué una fiebre metida en el pulmón, e de sus años, que la más mortal de la malatía es». Con esta última sentenciosa verdad del Bachiller hemos de darnos por satisfechos los profanos, pero el Adelantado no era precisamente un viejo por su edad. El señor de Batres, Fernán Pérez de Guzmán, nos dice que «murió de hedad de cincuenta e nueve años». Antes nos da su semblanza: «muy pequeño de cuerpo, la nariz luenga, muy auisado e discreto e bien razonado e de buena conciencia e temeroso de Dios» (5).

Los últimos tiempos del Condestable fueron una macabra carrera contra reloj con la muerte. En ellos vuelve a hacer su aparición el señor de Fuentidueña don Pedro de Luna, ya ascendido al cargo palatino de Copero Mayor. Su padre le reclamó a su lado cuando su sagaz olfato político le hizo prever las viles trampas asesinas del traidor Alonso Pérez de Vivero. No encargó la escolta y guarda de su persona al hijo legítimo, don Juan de Luna, conde de Salvatierra, sino al bastardo don Pedro, diciéndole: «Los tiempos requieren que miremos por nosotros y andemos con todo recato... No pierdas de vista la salud y vida de tu padre». Mientras el señor de Fuentidueña tuvo sano el cuerpo, su padre salió ileso de todas las asechanzas. En Madrigal fué él quien redujo el planeado alboroto homicida, e igualmente en el camino a Tordesillas, adelantándose y escoltando al Condestable hasta la villa. Pero fué en el mismo Tordesillas donde se consiguió anular al señor de Fuentidueña, asegurando con ello el posterior y definitivo golpe contra don Alvaro. En un juego de cañas, en presencia de la Reina, un tiro de bohordo salió casualmente del campo y fué a dar contra el cuerpo del espectador don Pedro de Luna, sentado junto a su hermano Juan y sin protector traje guerrero. Herido de gravedad, fué retirado del juego de cañas y del más importante que se tramaba entre bastidores. El cronista, poeta al fin, nos dice que la herida del señor de Fuentidueña eclipsó la luna que su padre llevaba por armas, para no volver más a lucir.

¿Qué ocurrió con el castillo de Fuentidueña? No se habló más del señorío ni del señor don Pedro de Luna. Ajusticiado don Alvaro, se rindieron sus fortalezas, incluso la de Escalona, aunque los tesoros que en ésta se guardaban fueron utilizados por la viuda como cebo

para recuperar parte de lo perdido. En la Real Cédula de 30 de junio de 1453, Juan II, después de hablar del curioso trueque, añade: «... así mesmo seades tenida de entregar a mí todos los otros castillos e fortalezas de la Orden de Santiago, que dicho Condestable vuestro marido tenia en mis regnos e estaban por él en cualquier manera...». En este grupo puede incluirse el castillo fortaleza de Fuentidueña, que retornó al Maestrazgo de la Orden santiaguista.

Al año siguiente fallecía Juan II sin disfrutar del codiciado tesoro de Escalona y perseguido por arrepentimientos tardíos. El castillo de Fuentidueña renació en el gobierno aún más desgobernado y turbulento de Enrique IV. Y, precisamente también con motivo de un episodio de prisión en el que tuvo su papel otro familiar del Condestable, don Fernando de Luna, y el hijo del nuevo favorito, Marqués de Villena.

Son los últimos días del desgraciado Enrique IV, cuando la realeza no podía llegar a menos ni la altivez y codicia de los nobles a más. Cuando los bandos jugaban las postreras cartas del pleito Isabel-Beltraneja. En el otoño de 1474 (4 de octubre) moría el intrigante favorito Juan Pacheco, Marqués de Villena. Antes había dejado bien colocado en el ánimo del Rey a su hijo y sucesor en el marquesado. Enrique IV confirmábale en todos los señoríos y propiedades del padre y le nombraba Maestre de Santiago, con el disfrute consiguiente de villas y castillos de la Orden. El bando rival reaccionó rápidamente: el Conde de Osorno, que poseía por aquel entonces el castillo de Fuentidueña, no sólo se negó a hacer entrega del mismo, sino que se apoderó del nuevo Marqués de Villena, encerrándole tras sus muros y cuidando de que esta vez no hubiera cuerdas de cáñamo. Enrique IV tuvo un acceso de furor, raro en su débil carácter, y ordenó el inmediato sitio de Fuentidueña para salvar al Marqués. No fué preciso usar ni de terribles lanzas y ballestas ni de mansas cuerdas para conseguir su liberación; la astucia de don Fernando de Luna fué suficiente para arreglar el asunto, muy al estilo de la época. Limitóse el de Luna a aprisionar a su vez a las inocentes mujer e hijas del irascible conde de Osorno, atrayéndolas a la trampa so pretexto de conferencia. Pocos días después se alzaba el rastrollo de la fortaleza de Fuentidueña para dejar salir al marqués de Villena. Tras él fbase también la última historia del castillo y el último gran disgusto de Enrique IV, que fallecía en Madrid el 11 de diciembre del mismo año. Todo había sucedido en dos meses y siete días.

Fuentidueña parece como si se hubiera reservado para cerrar con su nombre los reinados de los dos últimos Trastámara y sus respectivos favoritos. La prisión del Adelantado Pero Manrique fué el comienzo del fin de don Alvaro de Luna, cuya muerte aceleró la de Juan II. El breve encierro del joven Marqués de Villena precedió en muy pocos días al fallecimiento de Enrique IV.

Una nueva y gloriosa etapa comenzó para España, aunque no para el castillo. Todas las fortalezas de las Ordenes Militares se reintegra-

(4) «Centón», epístola 87.

(5) Fernán Pérez de Guzmán: «Generaciones y semblanzas».

## El próximo escenario del "Día de la Provincia"

**P**ROXIMO a celebrarse el llamado «Día de la Provincia», acto que la Excm. Diputación Provincial de Madrid organiza todos los años en los pueblos de la provincia, y cuya instauración se debe a su ilustre Presidente el Marqués de la Valdavia, cuya capacidad creadora asombra a todos, consideramos que puede ser tema de actualidad dedicar hoy una breve semblanza del pueblo a quien la referida Corporación piensa honrar este año con su paternal dedicación.

Los que por razón de su edad hayan podido seguir paso a paso, con curiosidad de historiador, la marcha a través del tiempo de nuestro organismo provincial, podrán decirnos con todo detalle el creciente y asombroso desarrollo del mismo.

¡Qué lejanos están aquellos tiempos en que la Diputación Provincial, con sede en la vieja plaza de Santiago, desenvolvía sus actividades en un vetusto caserón digno de un cuento de Emilio Carrère! Algunos recordarán con nostalgia la extinguida figura del empleado con manguitos, vegetando diariamente entre un océano de expedientes con balduque. El glorioso Movimiento Nacional, al hacer trepidar todo el panorama social y moral de España, ha tenido la virtud —que parece cosa de magia— de vestir de nuevo muchas cosas viejas. Y de aquí, como el ave fénix nace de sus propias cenizas, una Diputación ansiosa de ideales y proyectos factibles de cristalizar en sabrosas realidades, como puede comprobarse si se consultan estadísticas y nos tomamos la molestia de hacer números. Y una efectiva conquista en el terreno cultura es este magnífico exponente del «Día de la Provincia», iniciado en Colmenar Viejo, seguido en Chinchón y continuado —Dios mediante— en el vecino pueblo de Getafe.

Puede decirse, empleando una bella metáfora, que éste se halla prisionero entre dos pueblos de rancia historia: Villaverde, el industrioso, y el versallesco Aranjuez, tan líricamente llevado al lienzo por los pinceles de Santiago Rusiñol. La ruta hacia Getafe, en la actualidad, es casi una ruta turística merced a los desvelos que en engrandecer sus carreteras pone la Diputación Provincial. Por lo tanto, ir a Getafe, salvando los 13 kilómetros que le separan de Madrid, no ofrece dificultades. Hoy día esta villa cuenta con un censo de 13.000 habitantes. Tiene fama en cereales, vino, aceite, garbanzos y algarroba, y su industria fabril se considera como muy activa. Abarca 23 Ayuntamientos, con un total de 120.000 habitantes, y en lo religioso se enorgullece de su iglesia de Santa María Magdalena. Sus calles son limpias, atractivas, con el tipismo natural de los pueblos españoles, y la irrupción de algunos comercios «estilo de Madrid» hace más grata su fisonomía. Al frente de la Alcaldía figura don Juan Vergara Butragueño, un hombre laborioso, de los de nuevo cuño, forjado en la dura enseñanza del Movimiento salvador, y cuyos desvelos por los intereses de la villa que representa son bien notorios.

Pero no queremos terminar este artículo sin dedicar antes un emocionado recuerdo al grandioso monumento erigido en el Cerro de los Angeles al Sagrado Corazón de Jesús, y tan bárbaramente inmolado por las balas marxistas.

La primera piedra del mismo se colocó en 1916, y tres años más tarde, el 30 de mayo de 1919, festividad del glorioso San Fernando, Sus Majestades los Reyes, en unión de las altas autoridades de la época, legaban a España esta magnífica obra de arte, debida al famoso escultor Aniceto Marinas, y cuyas obras fueron sufragadas por suscripción popular.

Hoy, aunque en ruinas, este camino de Getafe sigue constituyendo la Meca de los devotos españoles que no pueden olvidar las palabras del Obispo de Madrid al prometer públicamente una nueva era de paz para la Iglesia: «En este Cerro de los Angeles, centro geográfico de España, al pie de Cristo sacramentado, en medio de estas ruinas del trono que levantó a Cristo Rey, España promete levantar de nuevo este trono más alto y cien veces más esplendoroso que antes, como Altar Mayor de toda la Patria y de toda la Hispanidad...»

Y don Pedro Muguruza, cumpliendo los deseos del ilustre prelado, trazó el proyecto del nuevo Monumento. Una basílica será amplio basamento del pedestal y la imagen.

Pero esta efemérides no hubiera sido posible sin la ocupación de Getafe por las tropas del General Varela, el 5 de noviembre de 1936. Al siguiente día, y con las primeras luces del amanecer, y sin una sola baja, los soldados coronan el disputado Cerro, en el que desde aquellos momentos ondea la bandera española. Entonces Varela hace saber a los españoles en un gozoso comunicado: «Mis bravas tropas han conquistado el Cerro de los Angeles; a los españoles y a los gobernantes del porvenir les toca restaurar material y moralmente el Monumento al Sagrado Corazón de Jesús».

Tal es, amigo lector, la breve viñeta del pueblo de Getafe, que muy pronto será escenario de una de las más bellas iniciativas desarrolladas por la Excm. Diputación Provincial de Madrid.

EMILIO REVERTER ALONSO

*Testigo de numerosas luchas fratricidas, estas piedras que hoy vemos así tuvieron su apoyo en el siglo XV en el ambiente de los últimos Trastámara. En ellas vino al mundo el primero de nuestros grandes favoritos: el Condestable don Alvaro de Luna.*

ron a la Corona y en gran parte fueron desmanteladas. Fuentidueña no constituyó una excepción. Lunas, Villenas y caballeros santiaguistas dejaron de usar sus muros para bien o para mal. En adelante fué fortaleza pacífica del Reino, con un Alcaide y algún que otro enmohecido cañón jubilado. Poco más o menos así lo describían sus vecinos en el reinado de Felipe II. Su situación estratégica bien calculada, aprovechando toda la extensión de roca viva del montículo que domina el Tajo, no le dejó caer en total olvido militar por muchos años, pero pasó con más pena que gloria por las guerras de Sucesión y napoleónica. En 1838 su plano fué recogido, por don Pedro Ortiz de Pinedo, para el Servicio Histórico Militar (6).

Hoy sería ya imposible reproducir las primitivas líneas de esta fortaleza medieval. Las piedras, abandonadas a su suerte, han desaparecido de su sitio, más por rapacidad de los habitantes de la villa, que vieron en el castillo una cantera inagotable, que por los golpes demolidores del tiempo. Este queda ahora solo, para terminar tranquilamente la devastación y dar el último y definitivo soplo invernal que derribe el muro de tramoya que resta.

\* \* \*

El sonido de un claxon me despierta de estos pensamientos. Es el coche que regresa del pueblo y me reclama. Al entrar en él, miro a mi amigo y, por un instante, su apellido de Mendoza me vuelve a los tiempos de Juan II. Al volver la cabeza para decir adiós a las ruinas, leo escrito en el cubo de piedra que mira a la carretera: «Grúas Tracción - 235954». No; el pasado está bien muerto.

A. Q. R.

(Fotos del autor.)

(6) El erudito Bordejé lo tiene copiado y saca de él unas interesantes deducciones de técnica militar, de posible importación árabe, entre las que destaca la existencia de un foso interior cortando en dos el recinto del castillo. («Bol. Asoc. Española de Amigos de los Castillos». Número 6, julio-agosto-septiembre 1954.)



## PELLA, la ciudad macedónica, en EL MOLAR



### LA PROVINCIA, ESCENARIO NATURAL

### HISTORIA DE UNA PELICULA

**D**URANTE el mes de abril y parte de mayo últimos este pueblo castellano ha servido de escenario para rodar parte de la gran película hispanoamericana «Alejandro Magno».

En el estratégico lugar denominado «La Torreta» fué instalado el palacio de Filipo de Macedonia, y al extremo opuesto de la colina, la casa de Demóstenes, en Atenas. Próximo a este lugar, entre legendarios olivos, fué instalado un jardín al estilo de la época.

Varias calles del pueblo sirvieron para representar escenas de las calles de Pella, capital de aquel país.

La Historia nos dice que Alejandro Magno, rey de Macedonia, el III de su nombre, nació en Pella, en los Equinocios de otoño del año 356 (a. de J. C.); era hijo de Filipo, rey de Macedonia, y de Olimpias, hija de Neoptolemo, rey de Epiro. Filipo, discípulo de Epaminondas, había sometido los países bárbaros del Norte del mar Egeo y reunido los pueblos griegos, que proyectaba lanzar contra Persia, organizando el ejército y disciplinando a la nobleza; a su muerte, los atenienses se entregaron a grandes manifestaciones de alegría; Demóstenes se presentó en público coronado de flores y propuso que se votaran acciones de gracias a los dioses y se dedicaran coronas a su asesino Pausanias; únicamente Focion dijo que el

ejército que había vencido a Atenas en Queronea, sólo había disminuído en un solo hombre.

A Alejandro, que había heredado las dotes de su padre, junto con la hermosura, el entusiasmo y los sentimientos poéticos y soñadores de su madre, le estaba reservada la misión de realizar los planes de su padre, aún en mayor escala de la que aquél los había concebido. Cuéntase que Olimpias, la víspera de su casamiento, soñó que un rayo caía sobre su cuerpo y la fecundaba, produciéndose después un gran incendio que se dividió en muchas llamas, presagio de la futura grandeza de Alejandro. Vino al mundo el mismo día en que Erostrato quemó el Templo de Diana, en Efeso. Desde la adolescencia ofrece ya combinados los rasgos característicos de Filipo y de Olimpias; al mismo tiempo que interroga con admirable precisión a un embajador persa sobre su Imperio, sus usos, costumbres y organización, y se hace referir el modo cómo los invasores persas violaron los templos y sepulturas macedonios, demuestra gran interés por conocer en todos sus pormenores la leyenda de Baco, conquistador mítico de la India; doma el caballo bucéfalo, que nadie había logrado montar; y se entrega con pasión a la lectura de las obras de Homero, en las que encuentra su ideal en Aquiles, de quien se va-

nagloriaba de descender por su madre, y al que tomó por modelo. Además de Homero, sus poetas favoritos fueron Píndaro y Esteticoro.

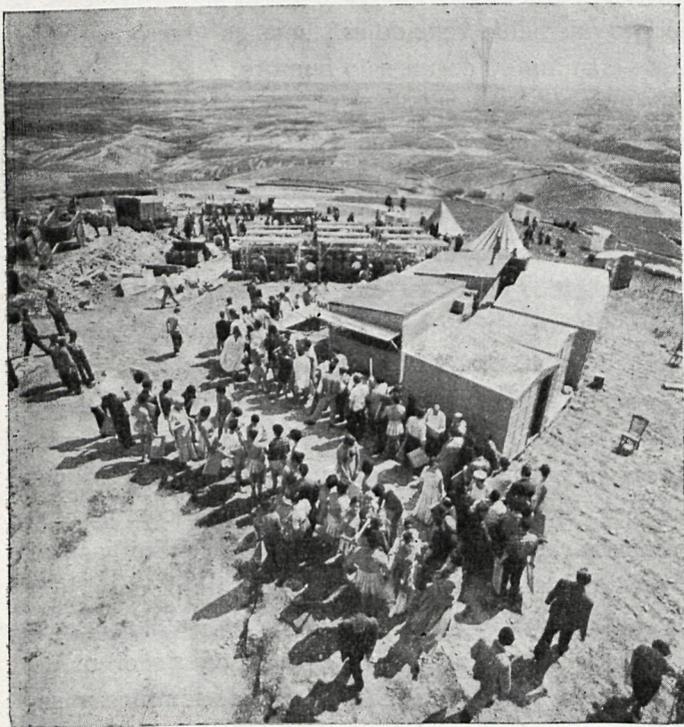
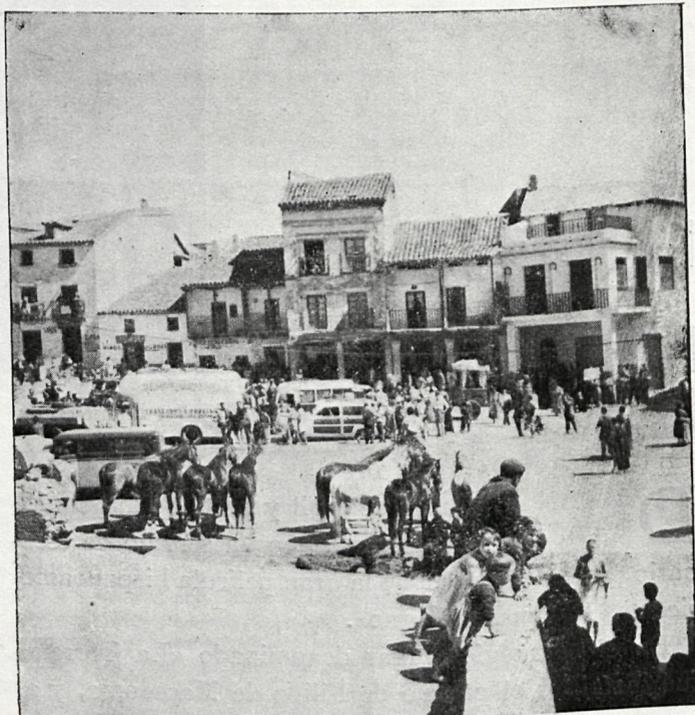
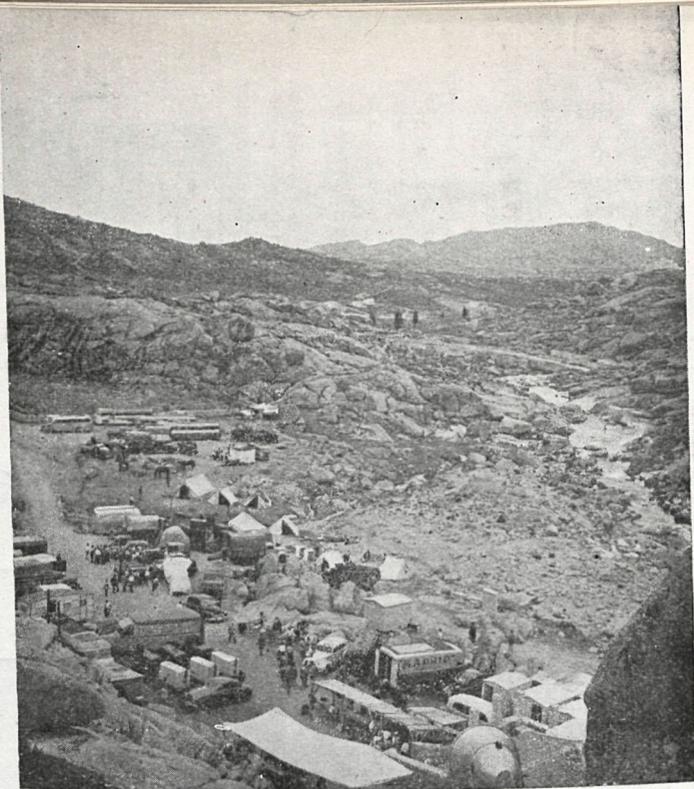
\* \* \*

Todo el pueblo estuvo revolucionado ante la oportunidad de actuar como «extras» al lado de artistas españoles y americanos del reparto. Los vecinos se hallaban pendientes de las listas de figuración para trabajar, así como de admirar la ficción del Cine, quedando, por tal motivo, casi paralizada toda actividad de tipo agrícola y ganadero. Cada «extra» de ambos sexos cobraba de jornal diario 50 pesetas, y los niños, 25 pesetas, aparte los ganados de diferentes especies, que también percibían su buena retribución por actuar en las escenas.

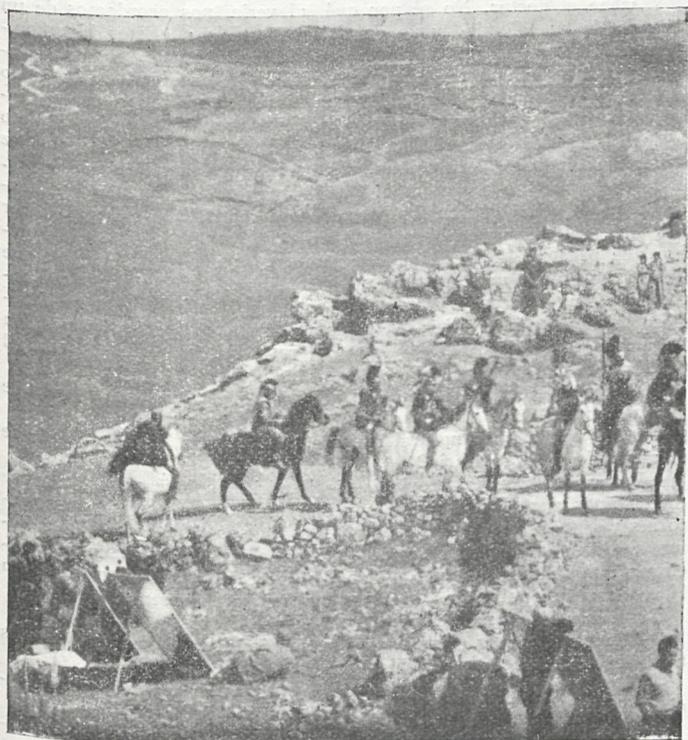
Con motivo de la instalación de los dos castillos reseñados, hubo necesidad de requerir a los diferentes propietarios para valorar todos los cereales sembrados en las fincas y olivares que circundan la colina, habiendo abonado la empresa americana Rossen Films (Sociedad Anónima) unas 60.000 pesetas por este solo concepto.

Fueron ocupadas algunas dependencias municipales y particulares, donde se instalaron teléfonos de campaña en conexión directa con las oficinas instaladas en «La Torreta». Según guión facilitado al efecto, fueron rodadas en los mencionados parajes de este término las siguientes escenas :

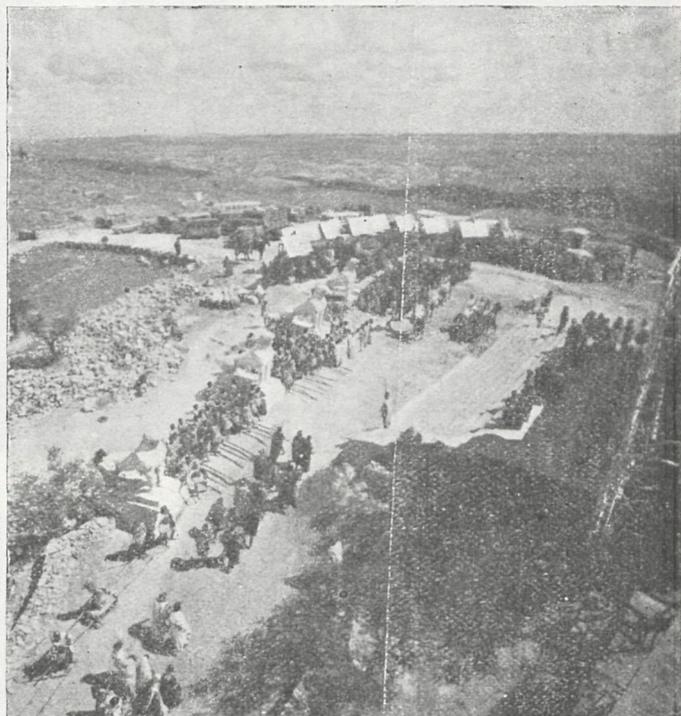
Representativa del retorno de Alejandro y sus compañeros de Mieza, encontrándose éstos con hombres



*Estos son cuatro momentos distintos del rodaje de la película en El Molar. En dos de las fotos se advierte una panorámica en plena Sierra, donde puede observarse el numeroso bagaje necesario para esta producción cinematográfica, parte del cual se traslada a la Plaza Mayor del citado pueblo, como vemos en las otras dos fotos, para continuar el rodaje.*



*La cámara va a empezar la acción y los técnicos se retiran apresuradamente del improvisado estudio cinematográfico en el que actúan como «extras» gran parte del vecindario de El Molar. En las otras tres fotos, dos detalles de una de las escenas y varios de los intérpretes famosos que actúan en la película.—  
(Fotos Leal y López del Vado.)*



crucificados delante del palacio, en Pella; un artista, haciendo una escultura de Alejandro en el jardín; despedida de Alejandro, nombrado Regente durante la ausencia de Filipo, para luchar contra los Ilirios; regreso de Alejandro y su recepción en las calles de Pella, después de haber derrotado a las tribus rebeldes; festival en los «jardines» de Pella; Demóstenes recibe en su casa a Alejandro y sus compañeros; de regreso otra vez, Alejandro ofrece a su madre Olimpias los regalos que para ella trajo de Atenas; Alejandro presencia la representación de la tragedia «Medea», original del griego Eurípides; ceremonia religiosa, representativa de la procesión de los doce Dioses del Olimpo; el asesinato de Filipo en las gradas de su castillo; detención de numerosos ciudadanos de Pella como represalia por el asesinato, y despedida de Alejandro al partir a la conquista de Persia.

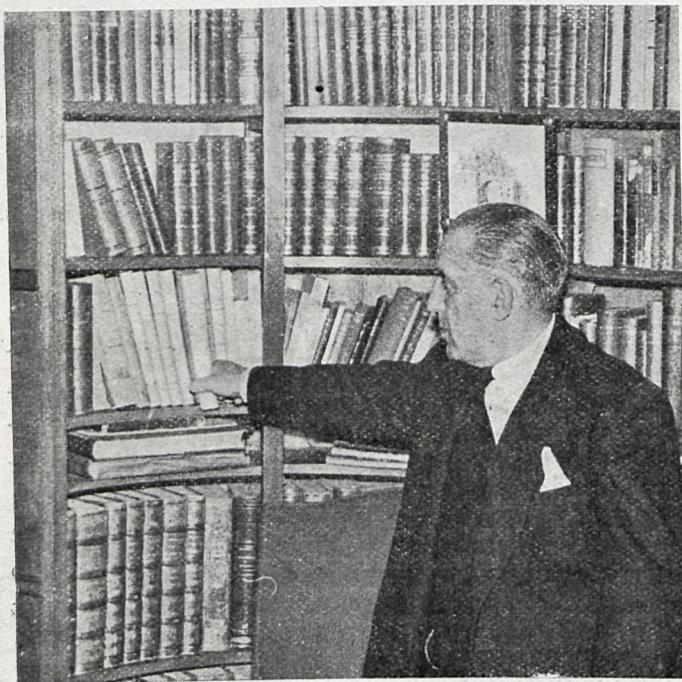
Los principales protagonistas de la película fueron Richard Burton, en Alejandro; Frederick March, en Filipo; Danielle Darrieux, en la esposa del rey Filipo, más los artistas españoles Marisa de Leza, los hermanos Rojo, Teixeira, Baena y otros.

Durante los dos meses que ha durado el rodaje, los habitantes de esta villa se han beneficiado en unos cuantos miles de pesetas obtenidas por diferentes causas, y el director de la película quedó satisfecho de los magníficos escenarios naturales de esta pequeña ciudad, que ha servido para rodar escenas atribuidas a la ciudad de Pella, en Macedonia.

PEDRO E. LOPEZ DEL VADO

## MADRID ES EL IDEAL PARA VIVIR SALUDABLEMENTE

“La convivencia, base de la civilización, nace, como las flores, a la sombra de los árboles.”



NOS pasan a una amplia sala rodeada de libros por todas partes. Sin embargo, los miles de libros que aquí se encuentran no son más que una parte de los que posee el doctor Marañón. Nos basta apenas una ojeada para darnos cuenta de que casi todos tratan de viajes. Y por una simple asociación de ideas pensamos que si de todos los apartados del saber humano tiene tantos libros como libros posee de viajes, el número total debe ser fabuloso.

Y viene el doctor. No sé por qué, al verle, nos acordamos de un párrafo de su «Conde-Duque de Olivares». Dice: «Estos hiperhombres pueden ser amados como lo fué el Conde-Duque, por una mujer, por más de una quizá; pero el sexo, la masa indefinida de lo femenino, se revuelve contra el varón hirsuto, dominador, tal vez indelicado, jamás necesitado de esa protección maternal que atrae tanto el interés de la mujer media». Y antes había escrito: «... la robustez general, sobre todo de la cabeza, con su enérgica mandíbula inferior». Y así es, tal como nos pinta al Conde-Duque. Le vemos feo, poderoso, con una gran cabeza y una poderosa mandíbula. Sólo al mirar sus ojos, de un marrón bello y tranquilo, vemos al hombre. Al hombre que practica la Medicina con maestría y aún escribe libros que llaman poderosamente la atención. Y al fijarnos en sus ojos, nos parece que son a modo de dos celdas calladas, donde un hombre laborioso trabaja en paz, lejos del ruido del mundo. Y hasta vemos, en un alarde de fantasía, la biblioteca, el rasguear de la pluma sobre el papel o el lento paso de las hojas de un libro.

Y sus ojos parecen estar lejos, muy lejos de nosotros, cuando le preguntamos:

—¿Qué condiciones naturales posee la provincia de Madrid desde el punto de vista sanitario?

—La sanidad de la provincia de Madrid es extraordinaria para todo menos para los nervios. Las enfermedades infecciosas, respiratorias y circulatorias —las tres grandes causas de la mortalidad humana— son aquí más leves que en parte alguna. Las mismas condiciones que influyen en este efecto benéfico, influyen, en cambio, en la tendencia al paroxismo nervioso que produce nuestro clima.

Después, como una aclaración, prosigue:

—El alcalde que suprimiera los ruidos inútiles, descartados, de los madrileños, sería un gran bienhechor.

—¿Las condiciones sanitarias de la geografía de nuestra provincia pueden haber influido en la vida política de España?

—Es sabido y archidemostrado que la principal causa de la capitalidad de Madrid fué su tradicional reputación de sanidad excelente. Desde los tiempos de Felipe II ha mejorado, como toda la vida madrileña, en un doscientos por ciento. La influencia del clima en la vida política no es verosímil. Nuestra inquietud política depende de los hombres y no del ambiente. Lo del ambiente es una disculpa de los que no quieren ser formales.

Siempre, nos lo parece, termina su hablar con un redondeo, con un punto final que recoge, tras una cadena de razonamientos o exposiciones, todo cuanto ha dicho.

—¿La alta meseta en que está asentada reúne condiciones propias para la vida moderna?

—Con todas las condiciones de meseta y de sequedad y de cambios de temperatura, Madrid es el ideal para vivir saludablemente. Lo dice un médico que ha tomado el pulso a la salud por todas partes del mundo.

—¿Cómo influye la escasez de árboles en el madrileño?

—La escasez de árboles es, en Madrid y en gran parte de España, una de las causas de nuestra insolidaridad y falta de sentido de convivencia. La convivencia, base de la civilización, nace, como las flores, a la sombra de los árboles. En el desierto no hay posible conversación. Y sin conversación no hay vida en paz. Nada puede aplaudirse como el plantar árboles: de esto saldrá la paz futura.

—¿Qué errores y defectos nota usted en la vida de Madrid?

—Madrid, con más árboles, con menos ruido, es el sitio ideal para la vida excelente —la individual y la ciudadana—.

Así termina. Al irnos, ya en casa, hemos examinado su letra, una letra pequeña, tímida; opuesta a toda disciplina, de rasgos casi niños. Y pensamos en sus clases de la Facultad de Medicina, en su consulta, en sus libros, en la gran capacidad de trabajo sólo consecuida por una organización perfecta de las veinticuatro horas del día. Y pensamos que el doctor Marañón ha de tener una fuerza de voluntad enorme para ser capaz de disciplinarse, de gobernarse. Pues su letra salta, grita, de puro libre que es.

RONCERO